

Crisis y miedo: las fiebres de 1813 en Tlalnepantla, México

Crisis and fear: the fevers of 1813 in Tlalnepantla, México

Rebeca López Mora*

Resumen: En este artículo se abordará la llegada de la epidemia de 1813 a Tlalnepantla y sus pueblos sujetos, mismos que se ubicaban en el camino hacia Querétaro. La epidemia que se extendió entre 1812 y 1814 en gran parte del territorio novohispano provocó una catástrofe demográfica de grandes dimensiones. Se pretende demostrar que la aparición del tifo en esta zona fue producto de varias condiciones que propiciaron su aparición y contagio, como la ubicación de esta población sobre una de las principales salidas de la capital hacia el norte del virreinato, la situación de crisis que se vivió en esta jurisdicción por los constantes enfrentamientos armados que se dieron entre realistas e insurgentes y el continuo paso de tropas y comerciantes posiblemente infectados. Las fuentes históricas utilizadas en este artículo fueron generadas por autoridades militares leales a la Corona, que reflejaban su gran preocupación ante el aumento de los contagios en esta zona, así como los archivos parroquiales de Tlalnepantla.

Palabras Claves: fiebres, epidemias, Tlalnepantla.

Abstract: This article will address the arrival of the 1813 epidemic in Tlalnepantla and its subject towns, which were located on the road to Querétaro. The epidemic that spread between 1812 and 1814 in a large part of New Spain caused a large-scale demographic catastrophe. It is intended to demonstrate that the appearance of typhus in this area was the product of several conditions that favored its appearance and contagion, such as the location of this population on one of the main exits from the capital to the north of the viceroyalty, the crisis situation that He lived in this jurisdiction due to the constant armed confrontations that took place between royalists and insurgents and the continuous passage of possibly infected troops and merchants. The historical sources used in this article were generated by military authorities

* Doutora, Profesora Investigadora de la UNAM-México.

loyal to the Crown, which reflected their great concern about the increase in infections in this area, as well as the parish archives of Tlalnepantla.

Keywords: fevers, epidemics, Tlalnepantla.

Introducción

Las enfermedades epidémicas han causado muchos daños desde los tiempos antiguos. En estos años recientes, un nuevo y peligroso mal ha causado miedo y estupor en todo el mundo, cuando parecía que la ciencia y la tecnología podrían impedir el avance y diseminación de cualquier enfermedad epidémica. La COVID-19 nos ha hecho reflexionar acerca de lo vulnerables que podemos ser los seres humanos ante los embates de la naturaleza. Por ello me parece muy pertinente traer a la memoria uno de los episodios que más consecuencias fatales trajo a México, como fue la epidemia de 1813. Cuando pensamos en la revolución de Independencia de México, vienen a la memoria el nombre de los grandes héroes, las batallas relevantes, un largo proceso de inestabilidad y cambio hacia lo que llegaría a ser la nación mexicana. Pero no solamente la guerra fue motivo de sobresaltos y crisis. Como la ha evidenciado la historiografía, la epidemia que apareció entre 1812 y 1813 afectó de forma considerable gran parte de la Nueva España, desde sus inicios en el famoso sitio de Cuautla (MÁRQUEZ MORFÍN, 1994, p. 225). Como lo menciona María del Carmen Sánchez Uriarte, La guerra fue un “factor distintivo al de otros escenarios de emergencia de salud pública del pasado...”(2013, P. 51). Realistas e insurgentes salieron de ese lugar llevando la infección a otras partes. A la ciudad de México llegó a inicios de 1813, y de ahí pasó a muchos lugares a través del paso constante de tropas que llevaron por los caminos reales. Los pueblos cercanos a la capital también tuvieron momentos muy difíciles, como Coyoacán, Churubusco, Iztapalapa. En ellos se presentaron numerosos contagios desde los primeros meses de 1813 (MÁRQUEZ MORFÍN, 1994, pp. 230 y 240). El mal se trasladó hacia el norte por el camino de tierra adentro; una ruta pasaba por Querétaro, y otra atravesaba el valle de Toluca (BECERRA DE LA CRUZ, 2021, pp. 48-49). Como ha mostrado Daniel Becerra, en ambos casos la vía de propagación de la epidemia fueron los caminos principales que salían de la

capital virreinal. Es justo en el camino hacia Querétaro que se ubicaba el pueblo de Tlalnepantla.

En este artículo se abordará la llegada de la epidemia de 1813 a Tlalnepantla y sus efectos en las poblaciones de su demarcación. El contexto de guerra, así como condiciones de pobreza y de falta de higiene fueron condicionantes que favorecieron la aparición y difusión de esta enfermedad en la mayor parte de la Nueva España. Para poder llevar a cabo este estudio se contó con la profusa información generada por las autoridades militares leales a la Corona, que reflejaban su gran preocupación ante el aumento de los contagios en esta zona. Además, se utilizaron los registros de entierros del Archivo Histórico Parroquial de ese pueblo. ¹ Como lo han ponderado varios autores (CANALES, 2006), (GONZÁLEZ FLORES, 2015), (VÁZQUEZ CLAVELLINA, 2020), (MÉNDEZ MAIN, 2013) las fuentes parroquiales constituyen una fuente privilegiada para conocer la magnitud de ésta y otras epidemias. Se elaboró una amplia base de datos no sólo del número de entierros, sino también de otros datos que nos permitieron hacer un análisis del impacto social que tuvo esta terrible enfermedad en esta parroquia. Se consultaron los libros de indios, así como el de españoles y demás castas.

En este artículo se hablará, en primer lugar, del contexto de la guerra en la zona de Tlalnepantla, para entender el periodo de inseguridad que se vivía en los alrededores de la capital virreinal. Posteriormente se darán datos sobre la aparición del contagio en la ciudad de México. Daremos un vistazo a la etiología del tifo exantemático, para valorar en qué circunstancias solían aparecer este tipo de epidemias. Por último, se procederá presentar los datos demográficos del curato de Tlalnepantla, el posible camino del contagio, y los principales puntos afectados. Con base en lo anterior, se dará una visión cualitativa de la epidemia, con la finalidad de poner nombre y cara a la crisis epidémica en este lugar.

¹ Los datos que utilizamos provienen del Archivo Histórico Parroquial de Corpus Christi Tlalnepantla (en adelante AHPCCCT), Sección sacramental, serie Entierros, caja 134, exp. 6 y caja 135, exp. 1, Entierros de indios de la cabecera. Y Entierros, caja 130, exp. 6, Entierros de españoles y demás castas.

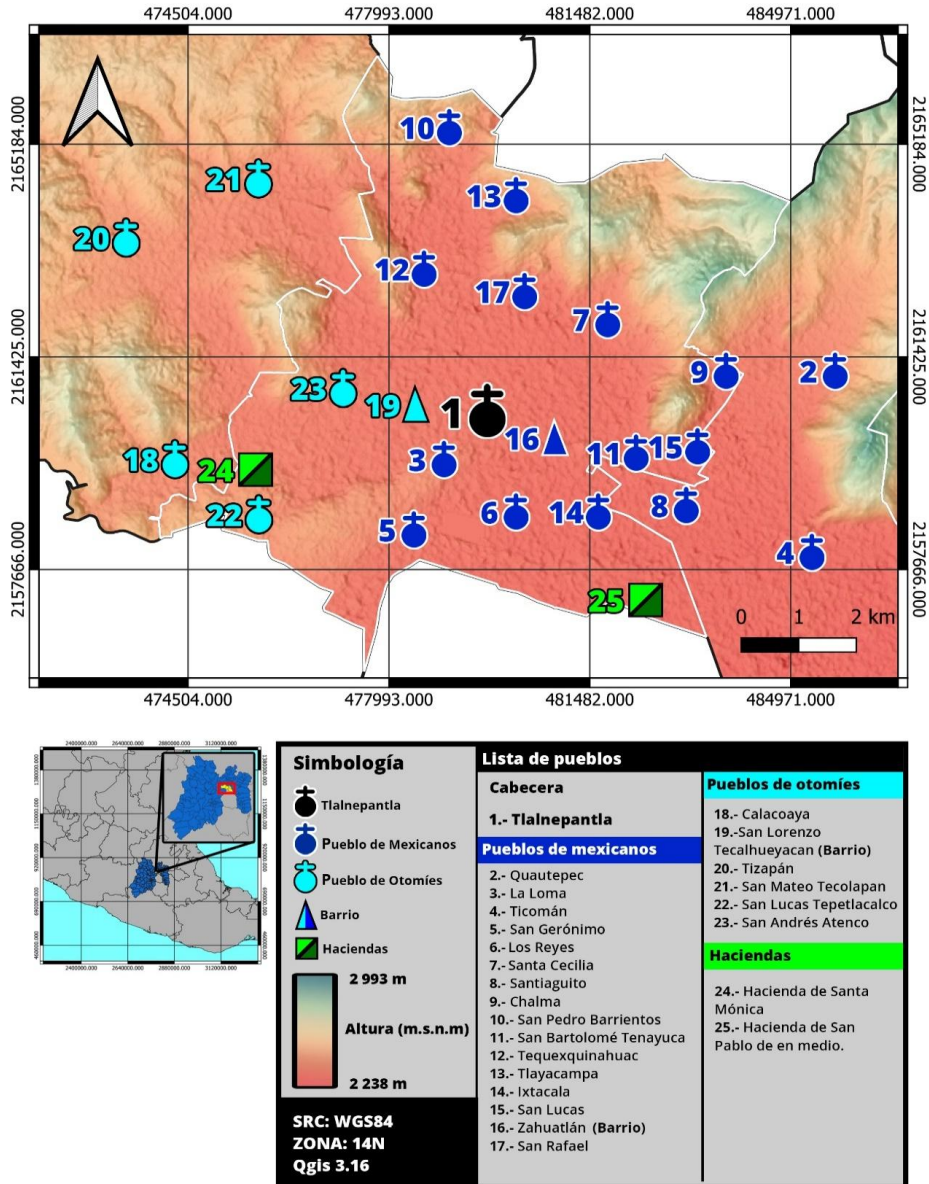
Ubicación de Tlalnepantla

Tlalnepantla se ubica en el norte del valle de México, y es uno de los municipios de actual Estado de México. Formaba parte de la Intendencia de México y de la subdelegación de Tacuba. Tlalnepantla era uno de los pueblos más poblados de Tacuba, por lo que contaba con un teniente de subdelegado. Este partido comprendía los actuales municipios de Isidro Fabela, Nicolás Romero, Atizapán, Tlalnepantla y parte de la Alcaldía Gustavo A. Madero, en la ciudad de México. Era punto obligado para iniciar el camino de Tierra adentro hacia el norte del virreinato, por lo cual tenía un tránsito constante de personas y mercancías. Así se observa en el Diario de Viaje que escribió en 1764 fray Francisco de Ajofrín hacia la provincia de Michoacán, quien indicaba que, saliendo del Santuario de Guadalupe, por el acueducto del mismo nombre, se llegaba a Tlalnepantla, ubicada a tres leguas de camino (AJOFRÍN, 1958, p. 181), es decir, 12.57 km (ROBELO, 1908).²

Además de contar con un teniente de subdelegado, Tlalnepantla era un pueblo de indios habitado por dos grupos étnicos: los otomíes, que ocupaban la zona occidental, y los mexicanos, que habitaban la parte oriental. Cada grupo contó con su propio gobierno indígena, ambos tenían sus casas de república en la cabecera de Tlalnepantla, donde se ubicaba también el curato que atendía a toda esta zona. El territorio estaba conformado por dieciocho pueblos sujetos, que se pueden observar en el Mapa 1. También varios españoles habitaban en esta región, aunque frente a la población indígena constituían una minoría al igual que los mestizos y afrodescendientes. Las principales haciendas de la zona fueron Santa Mónica, San Javier, La Encarnación, San Pablo de en medio y San Mateo Tecoloapan. Además, los indios otomíes contaron con el Rancho La Renta, que generalmente era arrendado por españoles de menor capacidad económica que los dueños de las haciendas.

² Para Cecilio Robelo una legua tenía 4,190 metros.

Mapa 1. Ubicación del partido de Tlalnepantla



Mapa de elaboración propia.

Los difíciles años de la guerra

Para comprender el impacto que tuvo la epidemia en la parroquia de Tlalnepantla, es necesario hablar brevemente del contexto de guerra que se vivió desde 1811. La guerra de independencia significó un cambio notable en la forma de vida que habían tenido muchas poblaciones hasta entonces. Al ubicarse sobre uno de los principales caminos coloniales, se dieron numerosas escaramuzas entre realistas e insurgentes por hacerse de esta zona. Las haciendas de Tlalnepantla surtían de cereales y harina de trigo a la capital, por lo que fueron uno de los principales objetivos de las fuerzas insurgentes. A partir de 1811, las llegadas insurgentes se hicieron más frecuente. Debido a la ubicación de Tlalnepantla que, en opinión de subdelegado de Tacuba, era *“la entrada principal más frecuentada notoriamente del camino de tierra adentro para la corte”*,³ se vio la necesidad de contar con una mejor y más organizada defensa. En 1811, y bajo el mando de don Ezequiel de Lizarza, subdelegado de Tacuba, se conformó la Compañía de Voluntarios y Patriotas de Fernando VII. Este grupo, compuesto por civiles provenientes de pueblos, haciendas y ranchos de Naucalpan, Tlalnepantla y Azcapotzalco, tuvo la responsabilidad de defender a la población de las acechanzas del enemigo.

La manutención de este grupo recayó principalmente sobre los propios habitantes de Tlalnepantla, y en especial de las dos repúblicas asentadas en la cabecera. Los pagos realizados por los otomíes ascendieron en 1812 a 69 pesos, y a 60 pesos por parte de los mexicanos. También contribuyó el gobernador de Santa María Quautepec, con 26 pesos. Vale la pena mencionar que éste era un pueblo que contaba con su propio cabildo indígena, pero pertenecía al curato de Corpus Christi en calidad de capilla, como se puede observar en el Mapa 2. Estos pagos extraordinarios significaron para los indios una carga muy pesada, que se añadía a los tributos y obvenciones parroquiales que debían hacer tradicionalmente.

Por su parte los españoles contribuyeron con armas y caballos para la defensa de la zona, así como con pagos directos. Dado que varios de ellos tenían

³ Archivo General de la Nación (en adelante AGN, Ramo Operaciones de Guerra, vol. 505, exp. 1, f. 1v.

armas y parque en sus haciendas, se le pidió cooperar con dichos materiales. Ese fue el caso de Vicente González, oriundo de la Hacienda de la Encarnación, en el actual municipio de Nicolás Romero. Además de ofrecer quince fusiles, a partir de marzo de 1813 aportó sus conocimientos de guerra, pues había sido teniente de Dragones del Príncipe e incluso compartió filas con el mismísimo Ignacio Allende.⁴

Los ataques insurgentes en los alrededores de la ciudad de México se intensificaron en 1812, por lo que ya no era posible hacerles frente únicamente con el apoyo de la compañía de Patriotas. Por ello, a mediados de año llegó a Tlalnepantla el capitán don Anastasio Bustamante, comandante del Regimiento de San Luis, y quien encabezó las acciones militares desde su llegada. Venía acompañado de 50 soldados a caballo perfectamente entrenados.⁵

Desde septiembre de 1812 las incursiones insurgentes amenazaban la cabecera de Tlalnepantla, por lo que se hicieron fosos defensivos alrededor de la población.⁶ Incluso a mediados de ese mes los insurgentes habían entrado sigilosamente a la cabecera, pegando una pancarta subversiva en la entrada de una tienda. Esto nos hace pensar que tenían cierto apoyo local, lo que les permitió llegar hasta ese lugar sin llamar demasiado la atención⁷.

En octubre de ese año se llevó a cabo un intenso ataque de alrededor de 200 insurgentes (denominados bandidos en los partes de guerra) los cuales, atrincherados en el cerro de San Andrés, San Mateo Tecoloapan y Santa Mónica, ponían en peligro nuevamente la cabecera de Tlalnepantla. El sargento don Gabriel Trespacios decidió hacerles frente, contravinando las órdenes del comandante de patriotas de esa zona, don Miguel de la Serna, que había dado indicaciones de permanecer en la cabecera del pueblo. Al final las tropas de Trespacios lograron detener el avance insurgente, con tan sólo 24 patriotas, a costa de la vida de varios combatientes. Entre ellos se encontraba el ya mencionado sargento don Gabriel Trespacios, quien fue enterrado en la cabecera de Tlalnepantla. Se decía que era natural de Santander, murió sin

⁴ AGN, Operaciones de guerra, vol 504, exp. 11, f. 49.

⁵ AGN, Operaciones de guerra, vol. 504, exp. 5, f. 120.

⁶ AGN, Operaciones de guerra, vo. 504, exp. 6, f. 23.

⁷ AGN, Operaciones de guerra, vol. 506, exp. 10, f. 64.

haber recibido los sacramentos por haber sido muerto en acción. Junto con él también fallecieron don José Ferreira, natural de Portugal y don Vicente Gutiérrez, éste último natural de Naucalpan y residente de Tlalnepantla.⁸

A raíz de este enfrentamiento, en noviembre de ese año el capitán Bustamante, junto con 55 dragones y seis patriotas y su comandante don Miguel de la Serna llevaron a cabo una acción en la que “escarmentaron completamente una gavilla poniéndola en la más vergonzosa fuga”. Así fueron detenidos quienes habían llevado a cabo el asedio de octubre: el capitán José María Herrera, del que se decía que era temible en toda la comarca, y al desertor de los Dragones de España, Ignacio Delgado. Bustamante destacó en su informe haberlos “pasado por las armas”.⁹ Fueron enterrados en la cabecera el seis de noviembre. En los registros parroquiales se decía que Herrera era vecino de Tizapán, mientras que Delgado lo era de Tacuba.

En medio de estas acciones, el año de 1812 representó también la llegada de la Constitución de Cádiz, y con ello el nuevo orden territorial. En octubre de 1812 el Intendente de México envió al bachiller don Francisco Antonio Borda, cura párroco de Tlalnepantla, un volumen de la Constitución Política de la Monarquía Española, con la finalidad de pegar el correspondiente aviso en las afueras de la parroquia para poder llevar a cabo su jura en tiempo y forma. Los gastos de esta ceremonia se tomaron de los propios y arbitrios de las comunidades.¹⁰ En noviembre, y como un descanso en medio de tantas tensiones, se llevó a cabo en Tlalnepantla un festejo para conmemorar la salida de los franceses de Madrid. Los dragones y patriotas dispararon salvas en la plaza central de Tlalnepantla, y el propio Anastasio Bustamante dirigió el festejo elevando vivas al Rey y a España. Hubo una gran fiesta en la población, con corrida de toros, tablado, bailable, música e iluminación en todas las casas.¹¹

⁸ AGN, Operaciones de guerra, vol. 506, exp. 13, f. 75v. Archivo Histórico parroquial de Corpus Christi Tlalnepantla (en adelante AHPCCT), Sección Sacramental, Serie Entierros, caja 130, exp. 6, Entierros de españoles y demás castas 1812.

⁹ AGN, Operaciones de guerra, vol. 98, exp. 11, f. 174 v. AHPCCT, Sección Sacramental, Serie Entierros. Caja 130, exp. 6.

¹⁰ AHPCCT, Sección Disciplinar, Serie Gobierno, Caja 125, Legajo 2. Fs.1-2.

¹¹ AGN, Operaciones de guerra, vol . 504, exp 6, f.24.

No obstante, a inicios de 1813 el estado de guerra se vivía a diario. En enero se llevó a cabo una gran persecución de insurgentes que se refugiaron en Villa del Carbón. Cincuenta dragones y patriotas se enfrentaron a casi cien rebeldes quienes, al verse perdidos, emprendieron la huida. Se hablaba de una cruenta batalla, en la que quedaron “varios muertos entre malezas y barrancas e hiriendo a muchas casas que se infiere de los grandes vestigios que se encontraron de Sangre”.¹²

Las continuas llegadas de insurgentes pusieron también en grave riesgo a las haciendas y los pueblos de la demarcación, ya que eran objeto de continuos robos. En enero otro grupo más había atacado el pueblo de San Mateo (Tecoloapa), sin haber podido dar alcance a ninguno de los insurgentes.¹³

Como se puede ver, las continuas incursiones insurgentes habían creado un ambiente de desasosiego entre la población de Tlalnepantla. Ningún pueblo o hacienda podía sentirse seguro, ni siquiera con las acciones emprendidas por los dragones y las milicias patrióticas de esa zona. Así mismo, los pagos extraordinarios por parte de las repúblicas de indios, así como los ataques a su población marcaron un ambiente de guerra y de gastos extraordinarios que acentuaron su situación económica vulnerable. Sin embargo, el número de muertes en ese año fueron tan solo 179, algo nada llamativo en un año de guerra. Sin embargo, lo peor estaba por venir, pues en medio de este conflicto que dividió a la sociedad, se presentó una temible epidemia que azoló en centro de México.¹⁴

La muerte se cierne en Nueva España: la llegada del tifo, 1812-1813

Como ya se mencionó, la historiografía coincide en señalar que la epidemia de 1813 se originó durante el sitio de Cuautla. (GONZÁLEZ, 2019, p. 149). Cabe recordar que Morelos y los insurgentes habían elegido ese pueblo para hacerse fuertes, ya que se consideraba que tenían los recursos naturales suficientes, en especial agua, para poder mantener a sus tropas. Los realistas decidieron sitiar el pueblo, ante su incapacidad de someter al enemigo de forma

¹² AGN, Operaciones de guerra, vol. 2776, f. 17.

¹³ AGN, Operaciones de guerra, vol,98, f. 73.

¹⁴ Para más datos de la guerra de independencia en Tlalnepantla véase (LÓPEZ MORA, 2014).

abierta. De marzo a mayo el pueblo de Cuautla permaneció rodeado por las fuerzas realistas, dejando a sus habitantes y a los insurgentes sin posibilidades de hacerse de alimentos y de agua. (RODRÍGUEZ, 2009, pp.406-407). El sitio duró más de dos meses, durante los cuales reinaron el hambre y la desolación, y fue en ese contexto que apareció la epidemia. Tras la salida de los insurgentes, la población vivía una situación deplorable:

El hambre y las enfermedades que son consiguientes, habían hecho terribles estragos en la población; las casas estaban llenas de enfermos y cadáveres...Calleja dispuso que se socorriera a los necesitados, y que sus tropas se mantuvieran acampadas fuera de la villa, para que no se contagiaran; mas a las pocas semanas apareció una epidemia de fiebres que se extendió por casi toda la Nueva España, que se le llamó la peste de Cuautla, e hizo grandes estragos, particularmente entre los indios. (ARRANGOIZ, 2000, p. 90).

Por su parte, el doctor Mora menciona en “México y sus Revoluciones” que Morelos decidió dejar el sitio no sólo por la falta de víveres, sino también motivado por la aparición de “la epidemia de fiebres pútridas que después se generalizó en el virreinato e hizo desaparecer el décimo de su población”. (MORA, 1977, p. 31)

Los estudiosos han coincidido en identificar a esta enfermedad con el tifo, que se produce por la bacteria *rickettsia*, en sus modalidades *typhi* y *provaszekii*, la cual es transmitida por diversos artrópodos, en especial los piojos, las pulgas y las garrapatas. Este vector hace picaduras a hombres o animales, que al rascarse, introducen la *rickettsia* en el individuo, con lo que inicia la infección (BECERRA DE LA CRUZ, 2021, p. 48). La incubación de la enfermedad se da entre ocho y doce días (KUMATE, 2013, p. 557). Este tipo de contagio epidémico se da principalmente en zonas de gran pobreza y hacinamiento, debido a que los vectores atacan a personas en contextos de insalubridad y suciedad, mismos que se dan con frecuencia, a decir de los expertos, en condiciones de guerra, durante grandes catástrofes naturales y en medio de condiciones socioeconómicas precarias (KUMATE, 2013, p. 559). La enfermedad se puede presentar de un momento a otro, y los síntomas que acompañan esta infección son fuertes e insoportables cefaleas, fiebre muy alta, edemas y manchas epiteliales, estado de choque, miocarditis, postración,

vértigos, piel seca, náuseas, vómitos, delirios y alteraciones al estado de conciencia, sordera y rubicundez facial.

Actualmente el tratamiento médico se hace por medio de fuertes antibióticos, pero en tiempos pasados, sin medicamentos eficaces, se presentaban casos graves, que después de presentarse el estado de estupor, sobrevinía el coma y la posterior muerte del enfermo (KUMATE, 2013, p. 560). En ese momento, los piojos abandonaban el cuerpo, pues no soportan la temperatura mayor a 38° y menor a 30° centígrados. Por fortuna, no todos los enfermos sucumbían a este mal, ya que algunos experimentaban mejora a partir del día décimo octavo, con el regreso del estado de conciencia y el descenso de la temperatura. No obstante, las *rickettsias* pueden permanecer en la ropa de cama y vestidos hasta más cien días, e introducirse en las personas en heridas abiertas, así como por los ojos, nariz y boca (BECERRA DE LA CRUZ, 2021, p. 48), por lo que el contagio puede extenderse a muchas más personas. Es evidente que las condiciones de pobreza, hacinamiento y caos que se vivía en general entre gente pobre y de zonas rurales, se vieron agravadas en medio de un contexto de guerra, situación que favoreció la diseminación de esta enfermedad a partir de 1812.

Como era de esperarse, después del sitio de Cuautla las tropas realistas e insurgentes se alejaron de este lugar, llevando el contagio a diversos lugares de la Nueva España. Esta situación era ya notoria en esos momentos para Francisco Manuel Sánchez de Tagle, regidor constitucional elegido en 1813, (LUNA, 1997, p. 31) y que fue comisionado para informar al virrey del avance de la epidemia en la ciudad de México. Aseguraba haber observado estas fiebres desde hacía más de dos años, aunque se presentaba casi de forma endémica en Cuautla. El contagio se daba según Tagle, en el traslado que se hacía de numerosos reos hacia la capital desde ese y otros lugares.¹⁵

El contagio comenzó a hacerse notar en la ciudad de México desde marzo de 1813,¹⁶ y ya para abril de 1813, el virrey Félix María Calleja dio a conocer de forma contundente, la aparición de una epidemia de fiebres en la capital. Si bien

¹⁵ AGN, Epidemias, vol. 9, exp. 11, f. 215.

¹⁶ AGN, Epidemias, vol. 9, exp. 8, f. 117.

todavía no se identificaba un mal específico, se pedía la opinión del afamado doctor Sagaz para saber si había enfermos en el Hospital de San Andrés (COOPER, 1980, p. 200). En el mes de junio, cinco médicos fueron comisionados para visitar los cuarteles en que estaba dividida la ciudad. Debían hacer observaciones conducentes a identificar el mal y determinar una curación adecuada. Entre ellos destaca el doctor Luis Montaña, quien hizo una descripción detallada de los síntomas que presentaba la mayoría de los contagiados.¹⁷ Sus observaciones, así como el método curativo que propuso en medio del avance del mal, fueron publicados en un pequeño libro que apareció en 1813, titulado “Modo de socorrer a los enfermos de la epidemia actual en los casos en que no hay médico que asista” (MONTAÑA, 1813). El objetivo era hacer una especie de manual que permitiera a los médicos atender de forma adecuada a los contagiados. Este libro se volvió a publicar años más tarde con una visión más amplia de lo que había sucedido en 1813, con el nombre de “Avisos importantes sobre el *matlatzáhuatl* o calentura epidémica manchada...” (MONTAÑA, 1817). Llama la atención que, en esta segunda publicación, el Dr. Montaña no duda en llamar a esta enfermedad como *matlatzáhuatl*, tal y como se identificó a este mal en los años de 1737 y 1762. En 1813 simplemente se le nombró como “enfermedad de fiebres” o “fiebres misteriosas”. Sin embargo, el regidor don Francisco Manuel Sánchez de Tagle se atrevió a decir que “no parece extraño ni el paso de dichas fiebres a *typhus* riguroso...”¹⁸

Los habitantes de la capital vivieron sus momentos más álgidos durante los meses de junio, julio y agosto (MÁRQUEZ, 1994. P. 263). La situación fue aún más grave si se consideramos que las finanzas virreinales estaban mermadas debido a los gastos de guerra, y el abasto de alimentos estaba trastornado por la presencia de insurgentes en los principales caminos (SÁNCHEZ URIARTE, 2013, p. 51). En el mes de septiembre, cuando lo peor había pasado, se hizo una revisión del número de muertos y enfermos consignados por los regidores encargados de cada cuartel menor de la ciudad, y los resultados totales se pueden observar en la Tabla 1.

¹⁷ AGN, Epidemias, vol. 9, exp. 8, fs. 117-118 v.

¹⁸ AGN, Epidemias, vol. 9, exp. 11, f. 215 v.

Tabla 1: Infectados por la epidemia en la Ciudad de México, 2 de septiembre de 1813

ENFERMARON	SANARON	MURIERON	EXISTEN
54119	38491	8324	7300

Elaboración propia, con base en Archivo histórico de la ciudad de México, (en adelante AHCM), Fondo Ayuntamiento, Serie Policía. Salubridad, epidemias, vol. 3674, exp. 12, fs. 259-259 v.

Los saldos de la enfermedad habían sido muy altos en la capital, pues como se puede ver, los contagiados eran más de 54 mil. Si la situación había sido muy grave en la capital virreinal, que tenía mejores medios económicos, humanos y médicos, era de esperarse que los estragos en zonas rurales fueran aún mayores, y un ejemplo de ello fue Tlalnepantla.

La epidemia en Tlalnepantla: el retrato de una crisis

La epidemia de “fiebres misteriosas” pasó casi inmediatamente de la capital a las poblaciones circunvecinas, como Tlalnepantla. Ubicarse sobre uno de los principales caminos que llegaban y salían de la ciudad significó para este partido el paso incesante de tropas y viajeros, así como de diversos productos. Personas y cargas pudieron ser el medio en que las *rickettsias* salieron de la capital. Incluso ratas y otros animales infectados solían viajar en los carros de mercancías. El rastro del avance de la epidemia se pudo reconstruir a partir de los entierros registrados en fuentes parroquiales, tanto en los libros de indios, como el de españoles y demás castas. Como se puede observar en la gráfica 2, a partir del mes de mayo se empezó a observar un aumento de defunciones, con una elevación marcada durante junio y julio, hasta llegar al mes de agosto, con el mayor número de pérdidas humanas del año.

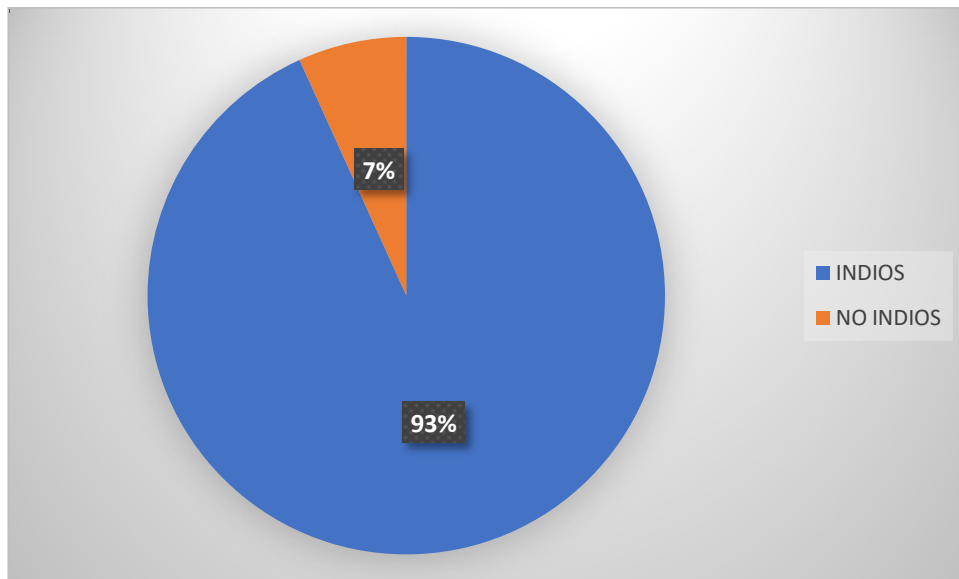
Tabla 2: Defunciones en el curato de Tlalnepantla, 1813

INDIOS	NO INDIOS	TOTAL
2589	188	2777

Elaboración propia con base AHPCCCT, Sección sacramental, Serie Entierros, caja 134, exp. 6 y caja 135, exp. 1, Entierros de indios de la cabecera. Entierros, caja 130, exp. 6, Entierros de españoles y demás castas.

Como se puede apreciar en la Tabla 2, la epidemia afectó tanto a indios como a no indios. En este último grupo consideramos tanto a mestizos, mulatos, morenos y españoles, todos ellos incluidos en el libro de Entierros de españoles y demás castas. Es abrumador el número de indios muertos en comparación con los no indios, lo cual se puede apreciar mejor en la Gráfica 1.

Gráfica 1: Porcentaje de mortalidad de indios y no indios en Tlalnepantla, 1813



Gráfica de elaboración propia, con base en los datos de AHPCCCT, Sección Sacramental, Serie Entierros, caja 134, exp. 6 y caja 135, exp. 1, Entierros de indios de la cabecera. Entierros, caja 130, exp. 6, Entierros de españoles y demás castas.

Esta tendencia en los fallecimientos también se presentó en otros lugares de a Nueva España. Por ejemplo, en Maravatío, el 82% de los muertos en ese

año fue de población indígena (GONZÁLEZ, 2019, p. 162). En Toluca se contabilizaron 6 mil 704 muertos, de los cuales 5 mil 628 fueron indios (un 83.94%). (JAVIER LÓPEZ, 2017, p. 128). Los indios de esa parroquia representaban dos tercios de la población, mientras que el tercio restante era de españoles y demás castas. (JAVIER LÓPEZ, 2017, p. 125).

Consideramos que la diferencia de la mortalidad entre indios y no indios durante esta epidemia se debe a varios factores. Uno de ellos es que Tlalnepantla y sus pueblos sujetos eran primordialmente habitados por indios. Las personas de otros grupos socio-raciales eran minoritarios. Por desgracia, no contamos con un padrón de esta demarcación cercano a 1813 para poder determinar cuánta población falleció por la epidemia. Esto mismo lo observó América Molina del Villar para el caso de Atlacomulco (MOLINA, 2010, p. 126). El dato demográfico más confiable data de 1777 y está consignado en el “Padrón exacto de todas las personas que hay en este Arzobispado”.¹⁹ La población indígena era de 10 mil 724 personas (82.24%), mientras que la no india ascendía tan sólo a 2 mil 315 habitantes (17.75%).²⁰ Podemos suponer que la proporción de habitantes pudo haberse mantenido hasta 1813, por lo que puede ser una de las razones de la diferencia que hubo frente a la muerte de no indios.

Además de ello, es evidente que las condiciones de pobreza e insalubridad en que tradicionalmente vivían los indios, tanto en las ciudades como en los pequeños poblados rurales fue otra de las causas por que los muertos indios estuvieran muy por encima de los no indios. El doctor Bernardo Moreno se percató en 1813 de esta situación describiéndola de la siguiente manera:

...los tristes y desgraciados indios o habitantes de los arrabales; heridos con todo el rigor de la estación, por su infeliz estado, pues viven en jacales miserabilísimos, así por su pequeñez como por tenerlos los más sin puertas, agujerados y tan malos o mal contruidos, el aire entra y sale con toda libertad, como por sus vestidos que los más no tienen más que unos pedazos de trapos sobre su cuerpo, con los cuales hacen sus ejercicios y duermen sobre el suelo o tierra, en la que tienen el agua casi igual con la superficie en unas partes, y en otra que les supera...como hallarse envueltos y rodeados de una multitud de inmundicias...(MORENO, 1813, pp. 7-8)

¹⁹ Archivo General de Indias (en adelante AGI), Mapas e ilustraciones, Varios-38.

²⁰ Estas cifras corresponden a la suma corregida de los habitantes de Tlalnepantla, por lo que el total de habitantes que aquí utilizamos no corresponde a las sumas del padrón.

Esta misma situación fue percibida por el subdelegado de Tacuba, que además se condolía de los efectos económicos que afectaban a los más desvalidos, al no poder trabajar. Como se dice popularmente, “vivían al día”, por lo que no había recursos suficientes para auxiliarlos:

... conocido que mucha gente muere de necesidad por la costumbre y miseria de los indios, quienes el día que caen enfermos concluyen su caudal, que consiste en sus brazos, y al día siguiente no tienen ni aún con que desayunarse. Por falta de propios y renta de los pueblos ha sido preciso abrir subscisiones (sic) a que se han comprometido los más pudientes, y se les asiste de su producto hasta donde alcanza²¹.

Para medir el impacto de la mortalidad en 1813 en la parroquia de Tlalnepantla haremos uso del factor multiplicador que utilizó José Gustavo González al estudiar el caso de Taximaroa (2015-2016, p. 38).²² Este factor se obtiene comparando el número de muertos en años sin crisis con los obtenidos tras una epidemia. Para el caso de Tlalnepantla hemos escogido los entierros de 1809 consignados en los archivos parroquiales. Aunque en ese año se retrasaron las lluvias, el aumento de los precios no trajo un aumento en la mortalidad de la subdelegación de Tacuba. (FLORESCANO Y SAN VICENTE, 1985, p. 30). En 1809 se consignaron 160 muertos, de los cuales 144 fueron de indios (90%) y dieciséis de españoles y demás grupos socio-raciales (10%).²³ Al comparar las defunciones de ambos años encontramos un factor multiplicador de 17.35, lo que se traduce en un aumento muy alto con respecto a los años normales. Es decir, estamos frente a una gran crisis importante a nivel local.

La dinámica mensual de las defunciones en el curato de Tlalnepantla se puede observar en la gráfica 2. Como se mencionó, agosto fue el mes con más muertos, con mil 191 casos:

²¹ AGN, Operaciones de Guerra, vol. 506, exp. 21, f. 127 v.

²² No se tomaron como referencia los dos años anteriores, como lo sugiere José Gustavo González debido a que en esos años hubo varias escaramuzas con los insurgentes, lo que modificó ligeramente a la alza el número de defunciones consignadas en los registros parroquiales. En 1812 hubo 185 defunciones, 25 más que en 1809. Muchos de los decesos se dieron en enfrentamientos bélicos que afectaron tanto a realistas como a insurgentes.

²³ AHPCCCT, Sección Sacramental, Serie Entierros, Caja 134, exp. 5, Entierros de Indios, 1805-1811. Entierros, caja 130, exp. 6, Entierros de españoles y demás castas, 1805-1825.

Gráfica 2: Defunciones en el curato de Tlalnepantla en 1813



Gráfica de elaboración propia con base en los datos de AHPCCT, Sección Sacramental, Serie Entierros, caja 134, exp. 6 y caja 135, exp. 1, Entierros de indios de la cabecera; Entierros, caja 130, exp. 6, Entierros de españoles y demás castas.

Como ya se ha mencionado, la dinámica de la epidemia fue muy semejante a la observada en la capital virreinal, que también experimentó sus peores tiempos en los meses de junio, julio y agosto. El doctor Moreno de Guzmán, uno de los expertos comisionados para monitorear la enfermedad, había pensado que, con la llegada de las lluvias, la fuerza de la enfermedad disminuiría, pero él mismo reconoció su error, como se observa en la siguiente cita:

En verdad, que las lluvias que hemos tenido bastarían a hacer cesar la peste, en otro sitio que no sea igual a éste, pues así lo creí luego que vi las primeras de mayo (...) pero nuestra situación conspira también a hacer mal sano el aire, y según he indicado, ha convertido el remedio en verdadero daño...(MORENO, 1813, pp. 10-11)

Probablemente el hacinamiento en las viviendas más humildes se fortaleció con la llegada de las lluvias, por lo que el contagio se aceleró justo en esos meses.

Como era costumbre en tiempo de epidemias, muchas personas mostraron actos de caridad hacia los enfermos. No obstante, durante el mes de

julio, estas acciones eran insuficientes para atender a tan alto número de contagiados, según testimonio de Lizarza “la epidemia de fiebre continúa haciendo terribles estragos en todo el distrito a mi cargo, y los pudientes se esmeran en exceder la caridad en sus desvalidos semejantes; pero el número de éstos es mucho mayor que el de los primeros ...”²⁴.

Esta situación debió afectar también a los insurgentes, por lo que el subdelegado informó al virrey el 7 de julio que

“En el Distrito de mi cargo no ha habido novedad alguna hostil durante la semana que concluye hoy, o al menos, ninguna me han indicado los capitanes subalternos de los tres puntos sin incluir este en que hay Compañías de patriotas. La epidemia de Fiebres continúa haciendo horribles estragos en todos los pueblos del partido...”²⁵

La epidemia se difundió desde la ciudad de México hacia otras poblaciones, sobre todo aquellas unidas por caminos importantes. El camino de Tierra Adentro llevó el contagio a Tlalnepantla y de ahí a la cabecera de Cuautitlán. En esta última la enfermedad llegó en abril según informes recabados en el archivo parroquial (LUGO, 1992). La enfermedad afectó las poblaciones del Bajío en la segunda mitad del año: a Maravatío llegó en agosto, En Zitácuaro llegó en septiembre y en Tuxpan en noviembre. (GONZÁLEZ, 2015-16, p. 49).

En la jurisdicción de Tacuba, a la cual pertenecía Tlalnepantla, los infectados fueron numerosos en casi todas partes, según el informe enviado al virrey Calleja por el subdelegado de Tacuba el 26 de junio de 1813:

“La epidemia de fiebres se acrecenta cada día en el Distrito, habiéndoseme avisado de Tultitlán haberse contagiado en aquel pueblo en esta semana, cuando en la última pasada estaban aún libre, pero los que se hayan en estado más deplorable son esta cabecera y sus anexos Azcapotzalco y sus barrios, Naucalpan y su comarca. El número de enfermos de este pueblo cabecera ayer según indagación que hice era de cerca de setecientos, de los que mueren diariamente de ocho a doce, comprendiendo su feligresía de mil almas. La guarnición de Patriotas se va disminuyendo porque cada día se enferman, uno,

²⁴ AGN, Operaciones de Guerra, vol 506, exp. 28, f. 146v.

²⁵ AGN, Operaciones de Guerra, vol. 504, exp. 15, fs.97-97 v.

dos o más, y ya se cuentan quince muertos. Pocos con los convalecientes, y están extenuados, que no están capaces ni aun de mantenerse en pie las dos horas de centinela.”²⁶

El propio Lizarza solicitó al cura de Tlalnepantla que hiciera un cálculo de los muertos en julio, y su respuesta fue que se podían contar hasta mil y otros dos mil enfermos ²⁷. Su cálculo no estaba muy alejado de la realidad, pues a finales de julio ya había 940 muertos en su territorio parroquial.

Respecto a la edad de los fallecidos, vale la pena hacer varios comentarios. Como se ha visto en otros estudios que toman como base los registros parroquiales, cada cura tuvo un estilo peculiar al hacer los registros sacramentales. En este caso, el párroco de Tlalnepantla, don Antonio Borda identificó a casados, viudos, solteros y párvulos, y en contadas ocasiones, también anotó a recién nacidos y a aquellos apenas había dado tiempo de “echarles el agua”. El concepto de párvulo ha dado lugar a diversas interpretaciones. Para Pedro Canales, quien estudió el caso de Zinacantepec, ese trataba de niños que no hubieran cumplido 13 o 14 años. Los adolescentes de más de 13 años se les consideraba como adultos (CANALES, 2006, p. 72-73). Por su parte, Edith Yesenia Peña considera que los párvulos casi siempre eran personas de menos de siete años, aunque registró algunos casos de niños mayores y menores de siete años identificados como adultos. (PEÑA SÁNCHEZ, 2006, pp. 67-68). En este mismo tenor se encuentra la definición de párvulos en el “Manual de Párrocos” escrito por el jesuita Miguel Venegas en 1731, y reimpresso en 1766. Ahí se hablaba de párvulos como los pequeñuelos que ya andaban, hablaban y que no habían llegado a los siete años. Pero se hacía una salvedad bastante subjetiva, al decir que los menores que tuvieran “malicia”, debían ser considerados como adultos, pues esta condición ganaba a la edad. (VÁZQUEZ MANTECÓN, 2018, p. 10). Coincidimos con las últimas opiniones, por lo que en este trabajo consideraremos párvulos a los menores de siete años, ya que el cura puso la edad de varios párvulos al consignar su deceso.

Otro problema proviene de los llamados solteros, pues no sabemos la edad exacta que tenían esas personas. Incluso las doncellas podrían ser mujeres

²⁶ AGN, Operaciones de guerra, vol. 506, exp. 21, f. 127 y 127 v.

²⁷ AGN, Indiferente Virreinal, caja 4335, exp. 29, ff.1-2.

mayores de edad no casadas, por lo que ese dato tampoco nos sirve para identificar la edad exacta de los difuntos.

Por todo lo anterior, y con la finalidad de aclarar los datos que a continuación se presentan, en este trabajo consideramos como niños a adultos o solteros que contaban con edad menor a catorce año; como adultos consideramos a los viudos y casados, y a quienes tan sólo se les identificó con ese nombre, pero sin mencionar alguna edad.

Las cifras por estado de vida que se pudieron obtener de los archivos parroquiales se pueden observar en la tabla 3:

Tabla 3: Personas muertas por estado de vida en Tlalnepantla, 1813

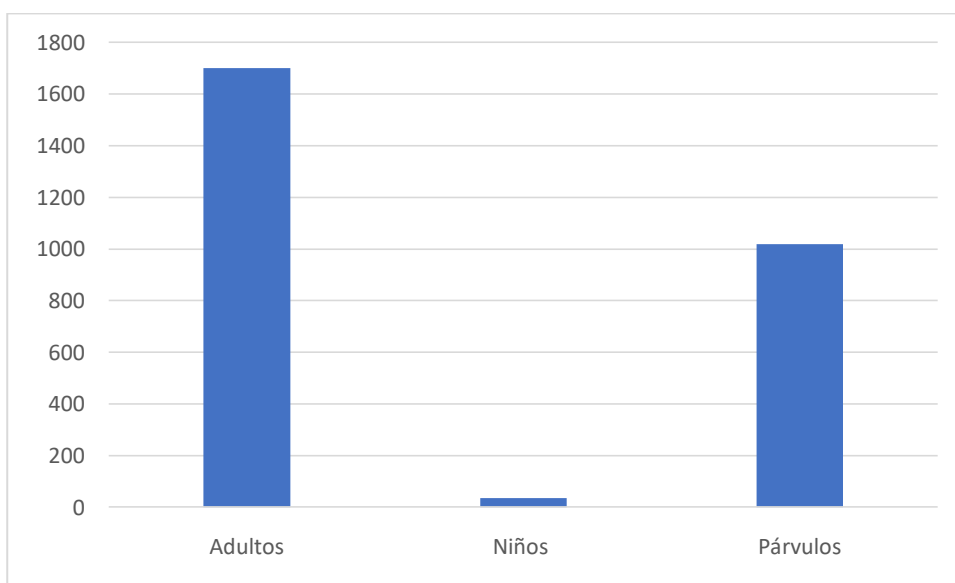
ESTADO	TOTAL
Adultos	142
Casados	810
Niños	31
Párvulos	1019
Recién Nacido	1
Soltero	409
Viudos	340
Sin estado	25
TOTAL	2777

Elaboración propia con base AHPCCCT, Sección sacramental, Serie Entierros, caja 134, exp. 6 y caja 135, exp. 1, Entierros de indios de la cabecera. Entierros, caja 130, exp. 6, Entierros de españoles y demás castas.

Estos datos nos permiten afirmar que en Tlalnepantla fueron los adultos quienes más murieron por las fiebres de 1813. Como se puede observar en la tabla 3, los párvulos también fueron también un grupo muy vulnerable, al igual que sucedía en años normales. Las enfermedades de los primeros años de vida, la mala alimentación y el hacinamiento, provocaron que los menores de siete años fueran más propensos a morir, en comparación a los adultos. En 1809 los párvulos muertos fueron 74, mientras que los casados, solteros y viudos fueron 66. Estos resultados coinciden con los datos obtenidos por José Gustavo González para el caso de Taximaroa. El autor afirma que los adultos fueron los más afectados en epidemias de enfermedades de origen bacteriano.

(GONZÁLEZ, 2015-2016, p. 36). No obstante, el doctor Montaña tenía mucha razón a afirmar que “Las fiebres atáxicas han sido mortales a los viejos y a los niños” (MONTAÑA, 1817, p. 24).²⁸

Gráfica 3. Resumen de muertos por estado de vida en Tlalnepantla, 1813



Gráfica de elaboración propia, con base en los datos de AHPCCCT, Sección Sacramental, Serie Entierros, caja 134, exp. 6 y caja 135, exp. 1, Entierros de indios de la cabecera. Entierros, caja 130, exp. 6, Entierros de españoles y demás castas.

Esta situación debió tener efectos en la economía de la región, al haber una sensible disminución en la fuerza de trabajo, como se observa en la siguiente descripción de esos tiempos:

Lo más lastimoso es que se haya pendiente la cosecha de trigo seca en actitud de cortarse y que por falta de (hombres) impedidos por la enfermedad, está expuesta a perderse con las repetidas aguas, a pesar de que los labradores han subido el precio de sus jornales, a fin de atraerse la gente; pero como el mal es general no alcanzan los (hombres) a ocurrir al daño inminente.²⁹

²⁸ Las fiebres atáxicas son aquellas que venían acompañadas por falta de control muscular y de movimientos.

²⁹ AGN, Operaciones de guerra, vol. 506, exp. 21, f. 127 v.

Entre los párvulos que encontraron la muerte por las fiebres de 1813 se contaron algunos que no pertenecían a esta parroquia, ya que provenían de la Casa de Niños Expósitos de la Ciudad de México, también nombrada en los archivos parroquiales como la Casa Cuna. Esta institución fue fundada en 1774, gracias al impulso que le dio el arzobispo Francisco Antonio de Lorenzana, para proteger a los niños abandonados tanto de la ciudad como de sus alrededores. (GONZALVO, 1982, p. 420) Uno de los mayores problemas que enfrentó esta casa fue la de alimentar a los bebés, puesto que no siempre se contaba con nodrizas idóneas que pudieran acudir a sus instalaciones. Por ello se optó por llevarlos a la casa de éstas, ya sea dentro del casco urbano o en poblaciones cercanas. Este movimiento se hacía con mucha discreción y eligiendo a mujeres sanas que no tuvieran muchos hijos, para no cargarlas de mayores gastos y trabajos. (CONSTITUCIONES, 1981, p. 24)³⁰ Por este servicio, las amas de pecho recibían una paga que se extendía hasta que los pequeños cumplieran dieciséis meses, el tiempo recomendado de lactancia, más otros para realizar el destete. Al término de este plazo, se debía reubicar nuevamente a los niños en otras casas, aunque muchas veces ello significaba romper un lazo muy fuerte con las nodrizas y su familia. Sin embargo se consideraba un proceso necesario, pues era común que la nodriza tuviera hijos propios “ y cada día son más pobres”. (CONSTITUCIONES, 1981, p. 25).

Los pequeños de la Casa cuna que encontraron la muerte se pueden observar en la tabla 4. La mayoría de ellos fueron indios, aunque también hubo niños de origen español. Llama la atención que las personas que los cuidaban aparecían como sus padres, y en ocasiones sólo se presentó la “madre”. Aunque estas muertes de párvulos tan sólo representan el 5.49% del total de los fallecidos de 1813, nos pareció interesante resaltar que vivir en las casas de sus nodrizas no les evitó la muerte durante la epidemia, al estar expuestos como todos los vecinos de la parroquia, al contagio de fiebres.

³⁰ El documento que reproduce el Boletín procede de AGN, Bandos, vol. 9, exp. 5, fs. 7-39.

Tabla 4. Párulos fallecidos en Tlalnepantla provenientes de la Casa de Niños Expósitos de la ciudad de México, 1813.

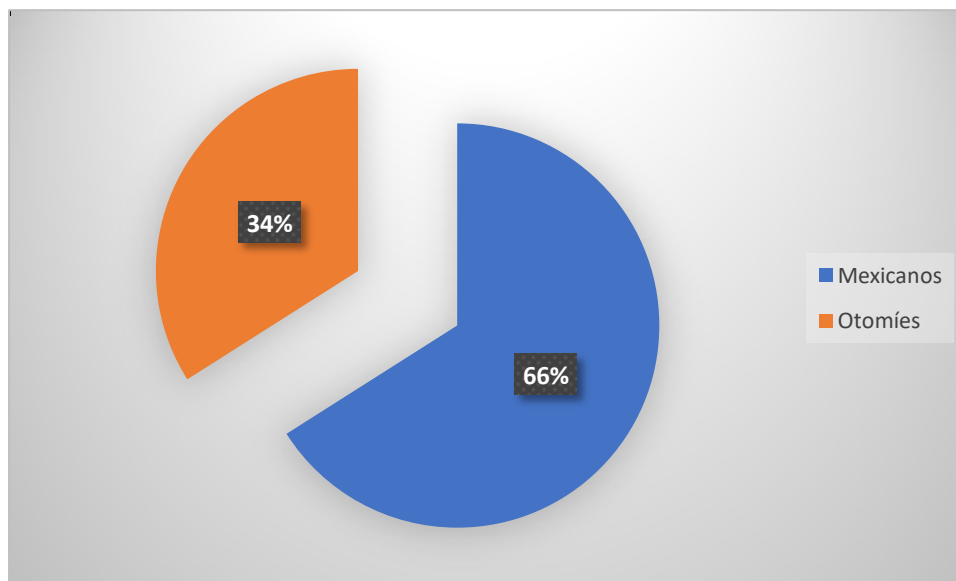
GRUPO	HOMBRES	MUJERES
Indios	20	20
Mestizos	2	1
Españoles	7	6
TOTALES	29	27

Elaboración propia con base AHPCCT, Sección Sacramental, Serie Entierros, caja 134, exp. 6 y caja 135, exp. 1, Entierros de indios de la cabecera. Entierros, caja 130, exp. 6, Entierros de españoles y demás castas.

Por lo que respecta al origen socioétnico de los fallecidos, hay que decir también algunas palabras. Como se recordará, el pueblo de Tlalnepantla estaba conformado por dos parcialidades, la de otomíes y mexicanos. Las primeras contaban con un mayor número de tierra, de recursos naturales y de pobladores. Se ubicaban al oeste de la cabecera de partido. En cambio, la zona de mexicanos, hacia el lado oriente de la cabecera, era más restringida, y sus pobladores menos numerosos. Sin embargo, el mayor número de muertes se dio en los pueblos de mexicanos, representando casi dos tercios del total de la parroquia. Esto indica que fue este grupo indígena quien tuvo una baja más significativa de sus pobladores, lo cual es todavía más grave si se considera que eran los menos numerosos. El camino de Tierra adentro justo pasaba por los pueblos de San Bartolomé Tenayuca, cerca de Santa Cecilia y Quautepec como se observa en el mapa 2. En los archivos parroquiales se ubicaron 41 lugares de residencia, de los cuales once eran haciendas. En la gráfica 4 se puede observar la proporción de muertos en los pueblos de indios de cada grupo étnico:³¹

³¹ En esta gráfica omitimos los muertos de la cabecera, ya que ahí se encontraban indios de ambos grupos socioétnicos.

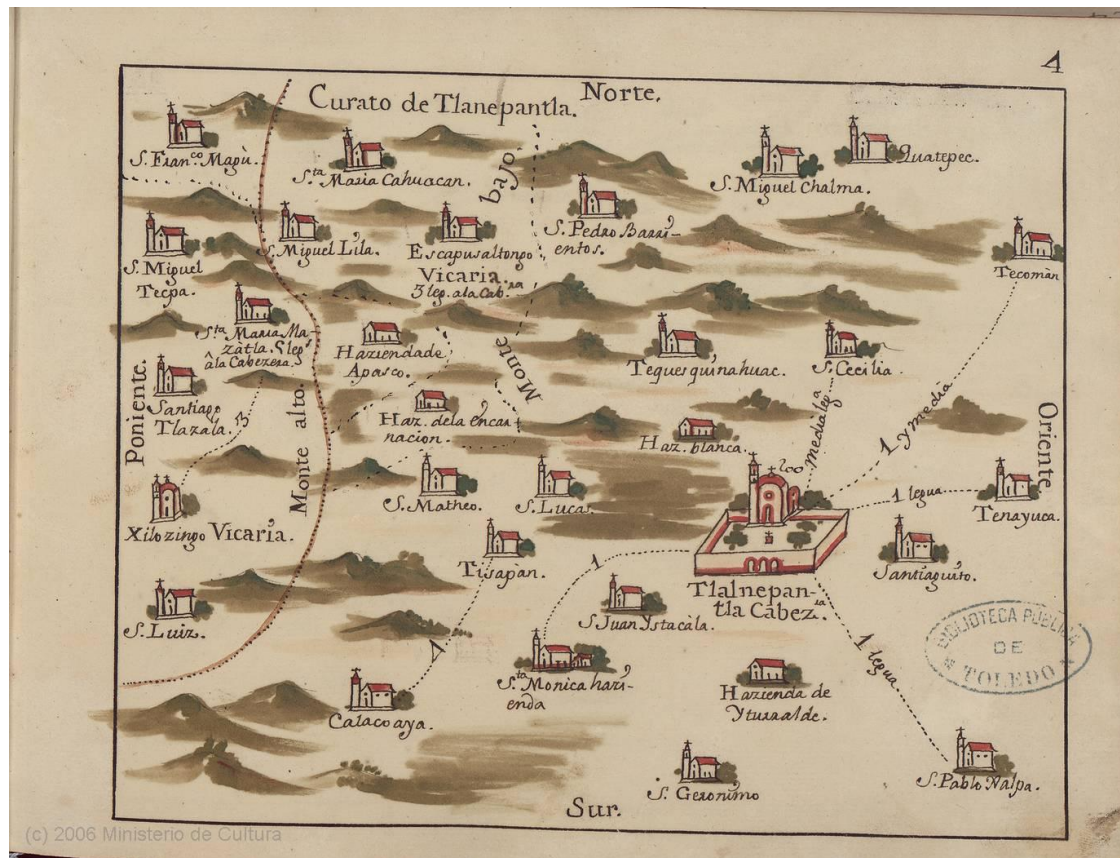
Gráfica 4 Muertos en los pueblos de otomíes y mexicanos de Tlalnepantla en 1813.



Gráfica de elaboración propia con base en los datos de AHPCCT, Sección Sacramental, Serie Entierros, caja 134, exp. 6 y caja 135, exp. 1, Entierros de indios de la cabecera; Entierros, caja 130, exp. 6, Entierros de españoles y demás castas.

El pueblo que tuvo un mayor número de defunciones fue el Quautepec, de la parcialidad de mexicanos, que se encontraba al oriente de la cabecera de Tlalnepantla, y que actualmente pertenece al territorio de la ciudad de México. Durante siglos fue uno de los más poblados del territorio parroquial. Contaba con su gobierno de indios separado del de Tlanepantla. El segundo de mayor cantidad de muertos fue el de La Loma, también de mexicanos. Ambos se ubicaban cerca de los caminos principales que pasaban por Tlalnepantla: Quautepec, por el que salía de la capital desde Guadalupe. La Loma, por el que salía de Azcapotzalco. La ubicación de estos pueblos se puede observar en el Mapa 2.

Mapa 2. Territorio parroquial de Tlalnepantla en 1767



Fuente: *Atlas Eclesiástico del Arzobispado de México*, de José Antonio de Alzate y Ramírez, Biblioteca de Castilla-La Mancha, Colección Borbón Lorenzana, ms. 366.

Como se ha dicho, la mayoría de los pueblos ya presentaba muchos muertos por junio y julio. Los pueblos de otomíes en general sufrieron los estragos de las fiebres después que los pueblos de mexicanos. Entre los primeros se encuentran Calacoaya y Tizapán, con sus mayores bajas entre agosto y septiembre. Éstos se ubicaban en el oeste, en la parte alta de la demarcación de Tlalnepantla, lo que nos hace pensar que la difusión de la epidemia se hizo del centro hacia los extremos. Otra localidad de las montañas fue Santa Cecilia, que tuvo el mayor número de defunciones en el mes de septiembre. En la Tabla 5 se muestran las diez localidades con mayor número de

muertos, y si bien el porcentaje que presentan cada una de ellas no parece ser tan alto, todos ellos representan un 62.94% del total de 2 mil 777 muertos que hubo en este curato en 1813. Como se observa, los dos primeros puestos los ocupan pueblos de mexicanos.

Tabla 5: Pueblos de Tlalnepantla con mayor número de muertos en 1813

LOCALIDAD	TOTAL	PORCENTAJE	GRUPO SOCIO
Quautepec	469	16.88	Mexicanos
La Loma	236	8.49	Mexicanos
Calacoaya	202	7.27	Otomíes
Ticomán	182	6.55	Mexicanos
San Mateo Tecoloapa	180	6.48	Otomíes
San Andrés	146	5.25	Otomíes
San Gerónimo	119	4.2	Mexicanos
Cabecera	114	4.1	Ambos
Tizapán	100	3.6	Otomíes

Elaboración propia con base AHPCCCT, Sección Sacramental, Serie Entierros, caja 134, exp. 6 y caja 135, exp. 1, Entierros de indios de la cabecera. Entierros, caja 130, exp. 6, Entierros de españoles y demás castas.

La tragedia detrás de los números

Más allá del número de muertos que arrojan los registros parroquiales, existen muchas historias que se pueden hilvanar, y que nos dan una imagen de lo que sucedía en esos días. Familias enteras murieron a causa de este mal, que no distinguió nivel económico o socioétnico. Como se vio en las gráficas anteriores, en junio comenzó a presentarse un considerable número de muertes, en donde varios miembros de una misma familia perdieron la vida. Ese fue el caso de los párvulos José Daniel y Antonio Abad; ambos murieron el 29 de junio. En otra familia, murieron el mismo día el padre, Sixto José, y su hijo José León, el 20 de junio. En otros casos, la diferencia en la fecha de muerte entre miembros de la misma familia era muy corta, como en el caso de Atanacio de la Cruz y su esposa Margarita, ambos indios, quienes el 9 de junio enterraron a su primer hijo de 7 años, y 12 días después, a su párvulo José María³².

³² AHPCCCT, Sección Sacramental, Serie Entierros, caja 134, exp. 6.

La enfermedad atacó tanto a ricos y pobres. Muchos indios de la clase gobernante encontraron el fin de su vida en este año. Destaca el caso del gobernador de los indios mexicanos, don Antonio Gil Calzada, quien falleció el 8 de julio en el pueblo de San Rafael. Era usual que el párroco registrara la muerte de indios relevantes en el libro de españoles, tal y como sucedió en este caso. Se decía que era indio principal y al momento de su muerte era capitular del Ayuntamiento. Aunque se decía que había muerto sin tener bienes, por ser indio principal, podemos suponer que tenía una mejor condición socioeconómica que muchos otros. Otros indios principales que sucumbieron en esta epidemia fueron Pedro Rodríguez Quahuisuchil, quien fuera gobernador de mexicanos en 1812; Claudio Cano, otrora gobernador de Quautepec también en 1812; don Vicente Cortés Chimalpopoca, indio principal y cacique de Ixtacala, muerto el 4 de octubre. Doce días después también murió su esposa, Pascuala Quirina Torres, ambos de extracción mexicana. Un caso más de este grupo fue el del hijo pálido de Juan Chimaco, que era alcalde de San Gerónimo, muerto el 20 de junio. Por último se sabe que don Francisco García, indio principal de Santa Cecilia, falleció el 5 de septiembre. Mujeres indias relevantes también murieron, como María Manuela Paradas, que fuera esposa del gobernador de otomíes de 1811, don Lorenzo Lara, quien murió el 8 de julio en el barrio de Xolalpa. El párroco anotó en la partida de entierro que, tanto ella como su esposo, eran indios principales y que en ese momento don Lorenzo Lara era regidor del pueblo de Tlalnepantla.

Como se ha visto, el contagio también alcanzó a los españoles, aunque en una menor proporción. Aunque se trataba de pueblos de indios, lo cierto es que habitaban en ellos españoles y mestizos, y en mucho menor número afrodescendientes. Algunos de los españoles seguramente fueron personas distinguidas de la localidad, pues fueron registrados como don o doña. Algunos de ellos fueron don Pedro Millán, quien incluso tuvo tiempo para realizar su “memoria testamentaria”; don Felipe Márquez, de la cabecera, quien murió el 25 de septiembre; don José María de la Peña, español vecindado en San Gerónimo; y doña María de Guadalupe Sánchez, que murió en la cabecera el 6 de septiembre. Hay que señalar que muchos otros españoles debieron tener un

rango social menor a los ya mencionados, pues de ellos sólo se dicen nombre y apellidos.

Entre los españoles contagiados se cuenta el cura párroco, el bachiller don Francisco Antonio Borda, quien falleció el 6 de junio. Es muy probable que se haya contagiado por el continuo ir y venir a visitar enfermos, así como a impartirles los Santos óleos. Se afirmaba que había muerto sin testamento, y que había dejado a su hermana con poder para poder testar sobre sus bienes. En ese mismo mes también falleció el vicario de la parroquia, el bachiller don Marcelo García. En ambos casos podemos suponer que se trató de una muerte repentina fruto de su labor pastoral. Después de estos decesos la parroquia quedó en manos de nuevo en el padre Zimmermann, quien como se dijo anteriormente, ya había sido cura en este partido en 1809.

Los patriotas también sufrieron por la enfermedad. A principios de julio, la fuerza con que contaba la compañía de Patriotas en Tlalnepantla era de un oficial, un tambor, cinco cabos y 26 patriotas. Sin embargo, se decía que al menos dos cabos y siete patriotas estaban enfermos, por lo cual no podían entrar en servicio³³. No obstante, sólo se mencionan cuatro patriotas fallecidos. También sus familias se enfermaron, como María Juana de la Luz y Mariana Campos, ambas esposas de soldados de milicia de México, que fallecieron el 20 y 21 de julio respectivamente.

Aunque la mayor parte de los difuntos de Tlalnepantla eran originarios de alguna localidad de la demarcación, es necesario señalar que también hubo varios viajeros que encontraron la muerte en este curato, y la mayoría de ellos fueron sepultados en la cabecera. Este es el caso de José Hilario, indio natural de Atitalaquia, muerto el 16 de junio. Uno más fue un indio del que se desconocía el nombre, procedente de Tianguistengo y que vivía arrimado con un vecino de San Gerónimo. Otro pasajero sin identidad murió el 4 de octubre, del cual sólo se sabía que era de Ocoyoacac. No podemos saber si estas personas venían ya enfermas o se contagiaron al pasar por este partido, pero nos hacen pensar en que el constante paso de viajeros por este lugar sí tuvo consecuencias en los naturales de Tlalnepantla.

³³ AGN, Operaciones de Guerra, vol. 506, exp. 28, f. 148.

El final de la epidemia se puede marcar en el mes de octubre. Desde el mes anterior comenzaron a disminuir las defunciones, con tal sólo 366. En diciembre se puede apreciar un número muy parecido a los experimentados en años sin epidemias, con tan sólo dieciocho decesos. La fase epidémica había terminado en esta parroquia, pero todavía causarían muchos estragos en lugares alejados del centro del virreinato.

Conclusiones.

La guerra de independencia cambió el rumbo de la Nueva España, al enfrentar a una sociedad que en general solía vivir en paz. En el caso de Tlalnepantla y otros pueblos cercanos, la situación se volvió complicada debido al interés de ambos grupos por tomar control del camino de Tierra Adentro que por ahí pasaba. Esta inestable situación se complicó aún más con la aparición de un mal epidémico nombrado entonces como “fiebres misteriosas”, hoy identificado como tifo o *rickettsiosis*. En nuestros días este mal todavía causa muertes en lugares insalubres, o en contextos de insalubridad y hacinamiento porque su contagio se da a través de piojos y pulgas. Al presentarse en medio de la guerra, sus efectos fueron todavía más graves

La epidemia se experimentó casi de forma paralela en Tlalnepantla y en la ciudad de México. El paso continuo de tropas y mercaderías provocó que el contagio saliera muy pronto del casco urbano y se adentrara en sus alrededores. En Tlalnepantla el número de muertos totales fue de 2 mil 777, de los cuales la mayor parte fueron catalogados como adultos. Los párvulos también sufrieron los estragos de la epidemia, los cuales morían con mayor frecuencia en tiempos de paz. Al verse afectados tanto adultos como niños, se puede pensar que la economía de la región, así como el abasto de granos básicos se vio seriamente afectada en el corto plazo.

En esta parroquia los más afectados fueron los indios debido a que en general vivían una situación de mayor vulnerabilidad y en condiciones de pobreza. La llegada de las lluvias exacerbó las muertes, tal vez porque al buscar refugio, las familias estuvieron adentro de sus viviendas y con ello los vectores migraron de uno a otro cuerpo con mayor facilidad. El curato de Tlalnepantla

estuvo habitado por indios otomíes y mexicanos, siendo estos últimos quienes tuvieron mayores pérdidas humanas por la epidemia.

No obstante la enfermedad no fue exclusiva de los indios, pues incluso el cura de Tlalnepantla, junto con uno de sus vicarios sucumbieron en esos tiempos. Dado que no contamos con datos totales de la población antes de la epidemia, es difícil saber el porcentaje de población que falleció. Pero es evidente que constituyó catástrofe, y que cobró muchas más vidas que la propia guerra en esta región. Gracias a los registros parroquiales pudimos constatar cómo esta enfermedad afectó a familias enteras. Se pudieron ver diversos casos en que sus miembros sucumbieron uno tras otro, lo que nos hace pensar las grandes dificultades que se tuvieron para afrontar la enfermedad.

Tlalnepantla fue la puerta por la cual la epidemia se propagara a Tierra adentro. Aunque el mal afectó durante varios meses, a finales de 1813 ya estuvo libre de contagios. Pero el fin de la epidemia todavía se alargaría muchos meses más en otros lugares lejanos. Es un hecho que el paso del tifo por Tlalnepantla dejó una marca económica y social por muchos años.

Bibliografía

- AJOFRÍN, F. d. **Diario de viaje que por orden de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide hizo a la América Septentrional en el siglo XVIII** (Vol. 1). (R. A. Historia, Ed.) Madrid: Imprenta y Editorial Macatre, 1958.
- ARRANGOIZ, F. d. **México de 1808 hasta 1867**. México: Editorial Porrúa, 2000.
- BECERRA DE LA Cruz, D. (2021). Ruta de propagación de la epidemia de tifo de 1813-1815 en la Nueva España. **Revista Salud, Historia y Sanidad**, 16(2), 47-54.
- CANALES GUERRERO, P. Propuesta metodológica y estudio de caso. ¿Crisis alimentarias o crisis epidémicas? Tendencia demográfica y mortalidad diferencial, Zinacantepec, 1613-1816. In: MOLINA DEL VILLAR A.; NAVARRETE, D. **Problemas demográficos, comportamiento y distribución de la población en México, siglos XVI al XIX**. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2006, p. 67-115)
- CANALES GUERRERO, P. Historia natural del tifo epidémico: comprender la alta incidencia y rapidez en la transmisión de la rickettsia prowazekii 11. In:

GONZÁLEZ FLORES, J. G. **Epidemias de matlazahuatl, tabardillo y tifo en Nueva España y México**. Sobremortalidades con incidencia en la población adulta del siglo XVII al XIX. Saltillo: Universidad Autónoma de Coahuila, 2017, p. 11-23.

CONSTITUCIONES PARA EL MEJOR GOBIERNO Y DIRECCIÓN DE LA REAL CASA DEL SEÑOR SAN JOSEPH DE NIÑOS EXPÓSITOS. In: **Boletín del Archivo General de la Nación**, 3 (16), pp. 6-34, abril-junio 1981.

COOPER, D. **Las epidemias en la ciudad de México, 1761-1813**. México: IMSS, 1980.

GONZÁLEZ FLORES, J. G. Crisis de subsistencias y epidemias en Taximaroa (1763-1814). Consecuencias en la población adulta. **Letras Históricas**, 2015-2016.

GONZÁLEZ FLORES, J. G. La epidemia de tifo y la guerra insurgente en el oriente de Michoacán, 1813-1814. **Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad**, XL (159), p. 147-169, 2019.

GONZALVO, P. La casa de niños expósitos de la ciudad de México. Una fundación del siglo XVIII. **Historia Mexicana**. 31 (123), pp. 409-430, 1982.

KUMATE, J.; et. al. **Infectología Clínica** (17a ed.). México: Méndez Editores, 2013.

LÓPEZ MORA, R. La sociedad dividida en la subdelegación de Tacuba. 1810-1815. In: ROJAS, L.; DEEDS, S. **México a la luz de sus revoluciones** (Vol. 1). México: El Colegio de México, 2014, p. 227-261.]

LÓPEZ, E. J. Tifo y mortalidad comparada: la epidemia de 1813 y la endemia de 1822-24 en la parroquia de San José de Toluca. In: GONZÁLEZ FLORES, J. G. **Epidemias de matlazahuatl, tabardillo y tifo en Nueva España y México**. Sobre mortalidades con incidencia en la población adulta del siglo XVII al XIX. Saltillo: Universidad Autónoma de Coahuila, 2017, p. 123-141.

LUGO OLÍN, C. Una epidemia de tifo en Cuautitlán. **Relaciones**, 15(58), 75-92. 1994.

LUNA ARGUDÍN, M. De Guadalupe a borbonistas: desarrollo y proyección política de Fagoaga, Sardaneta y Sánchez de Tagle (1808-1824). **Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales**, 38, p. 25-50, mayo-agosto de 1997.

MÁRQUEZ MORFÍN, L. **La desigualdad ante la muerte en la ciudad de México: el tifo y la cólera (1813-1833)**. México : Siglo XXI Editores, 1994.

MÉNDEZ MAIN, S. Xalapa, Jilotepec y Noalincó: una ruta de contagio en el camino Veracruz-México, 1765-1820. In: MAGAÑA MANCILLAS, A. **Epidemias y rutas de propagación en la Nueva España y México (siglos XVIII-XIX)**. Mexicali, Baja California: Universidad Autónoma de Baja California, p. 13-32, 2013.

MOLINA DEL VILLAR, A. Santa María de Guadalupe, Atlacomulco ante los aciagos años de principios del siglo XIX: conflictos locales, crisis agrícolas y epidemia, 1809-1814. **Relaciones**, XXXI(121), p. 109-136, 2010.

MONTAÑA, L. **Modo se socorrer a los enfermos de la epidemia actual en los casos en que no hay médico que asista**. México: Arizpe, 1813.

MONTAÑA, L. **Avisos importantes sobre el matlatzahuatl o calentura epidémica manchada que pasa a ser peste ...con un modo sencillo y fácil de socorrer a los enfermos donde no haya médicos que les asistan, y cuya eficacia y seguridad se experimentó el año de 1813.** México: Imprenta de D. Mariano de Zúñiga y Ontiveros, 1817.

MORA, J. M. **México y sus Revoluciones** (Vol. III). México: Porrúa, 1977.

MORENO GUZMÁN, B. **Descripción de la epidemia del día y medios de librarse de ella y sus recaídas.** México: Imprenta de Doña María Fernández Jáuregui, 1813.

PEÑA SÁNCHEZ, E. Rastreando la mortalidad en los archivos parroquiales de Santa María de El Cardonal, 1800-1858. In. **Dimensión antropológica.** 36, p. 63-91, enero-abril, 2006.

ROBELO, C. A. **Diccionario de pesas y medidas mexicanas antiguas y modernas. Para uso de los comerciantes y de las familias.** Cuernavaca: Imprenta Cuauhnahuac, 1908.

RODRÍGUEZ, E. J. **Nosotros somos ahora los verdaderos españoles** (Vol. 1). Zamora, Mich.: El Colegio de Michoacán/Instituto Mora, 2009.

SÁNCHEZ URIARTE, M. Entre la salud pública y la salvaguarda del reino. Las fiebres misteriosas de 1813 y la Guerra de Independencia en la Intendencia de México. In: MOLINA DEL VILLAR, MÁRQUEZ MORFÍN Y PARDO HERNÁNDEZ. **Endemias, epidemias y pandemias en México.** México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Instituto Mora. 2013, 51-74.

VÁZQUEZ CLAVELLINAS, I. Santa María Ixtacalco y la epidemia de "fiebres" de 1813. **Revista de demografía histórica**, XXXVIII (III), 177-204, 2020.

VÁZQUEZ MANTECÓN, M. **La muerte y los niños. Exequias novohispanas y mexicanas a sus bienaventurados angelitos.** México: Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Históricas, 2018.

*Recebido em Abril de 2022
Aprovado em Julho de 2022*